

Á los veinte minutos estaba Lorenza á la puerta del palacio.

— ¡ Espero, hermosa señora ? preguntó el cochero.

— Sí, respondió Lorenza maquinalmente.

Y penetró con rapidez en el portal de aquel espléndido palacio.

XVIII

Palacio del señor de Sartines

Así que entró en el patio, Lorenza se vió rodeada de una multitud de exentos y soldados.

Dirigióse al guardia francés que se hallaba más próximo, y le suplicó la condujese ante el subdelegado de policía. El guardia la dirigió al suizo, el cual, al ver una mujer tan bella, tan singular, tan ricamente vestida y con un magnífico cofrecillo bajo el brazo, conoció que la visita podría no ser ociosa, y la condujo por una gran escalera á una antesala, donde todo el que llegaba, bajo la sagaz inquisición de aquel suizo, podía á cualquier hora del día ó de la noche llevar al señor de Sartines una noticia, una denuncia ó una petición.

Excusado es decir que las dos primeras clases de visitantes eran acogidas más favorablemente que la última.

Lorenza, interrogada por un ujier, sólo respondió estas palabras :

— ¡ Sois el señor de Sartines ?

El ujier se admiró de que se confundiesen su casaca negra y su cadena de acero con la casaca bordada y la peluca canosa del subdelegado de policía; pero, como un teniente no se enfada porque le llamen capitán, como el alguacil reconociese un acento extranjero en aquella mujer, y viendo que en sus miradas firmes no

había ningún indicio de locura, se convenció de que la visitante traía alguna cosa importante en aquel cofrecito que con tanto cuidado y fuerza apretaba bajo el brazo.

Sin embargo, como el señor de Sartines era un hombre prudente y suspicaz, y como ya le habían tendido algunos lazos con cebos no menos atractivos que los de la hermosa italiana, había una extremada vigilancia al rededor de su persona.

Por consiguiente, Lorenza sufrió las investigaciones, los interrogatorios y las sospechas de media docena de secretarios y pajes.

El resultado de todas aquellas preguntas y respuestas fué que el señor de Sartines no había vuelto aun á casa, y que era preciso que Lorenza aguardase.

Entonces se encerró la joven en un sombrío silencio, y dejó vagar su vista por las desnudas paredes de aquella vasta antesala.

Al fin sonó una campanilla, oyóse rodar por el patio un coche, y un segundo ujier fué á anunciar á Lorenza, que la estaba esperando el señor de Sartines.

Lorenza se levantó y atravesó dos salas llenas de gente de caras sospechosas, y con trajes aun más extraños que el suyo, hasta que al fin la introdujeron en un gran gabinete de forma octógona, alumbrado por una porción de bujías.

Un hombre de cincuenta á cincuenta y cinco años puesto de bata y adornado con una enorme peluca, pastosa con los polvos y el rizado, trabajaba sentado delante de un mueble alto en su forma, y cuya parte superior, que era parecida á un armario, se componía de dos grandes espejos, en que veía el que allí estuviese trabajando, sin molestarse, á los que entraban en el gabinete, y podía estudiar su semblante antes que tuvieran tiempo de acomodarlo al suyo.

La parte baja de aquel mueble formaba un bufete, provisto en el fondo de varios cajones, y cada uno de éstos estaba señalado con una letra del alfabeto, siendo allí donde el señor de Sartines encerraba papeles y cifras que nadie podía leer mientras él viviese, pues el mueble se abría por un resorte, y que nadie podía descifrar tampoco después de su muerte, á no ser que encontrara el secreto de las cifras en algún cajón más disimulado que los demás.

Aquel bufete, ó más bien armario, contenía debajo de los espejos de la parte alta doce gavetas cerradas también por medio de un mecanismo invisible; se había mandado construir expresamente para encerrar secretos químicos ó políticos por el regente, cuyo príncipe lo regaló á Dubois, y éste lo había dejado en herencia al señor Dombrevail, subdelegado de policía, que fué quien se lo dió al señor de Sartines; pero este último no consintió en servirse de él hasta después que murió el donante, y aun mandó variar el modo con que estaba colocada la cerradura.

El mueble que hemos procurado describir tenía cierta reputación entre la gente, y según decían cerraba demasiado bien para que el señor de Sartines solo guardara en él sus pelucas.

Los hombres murmuradores, y en aquella época había buen número de ellos, decían que si hubiera podido leerse á través de los tableros del expresado mueble, de seguro se hubiesen encontrado en algunas de sus gavetas los famosos tratados en virtud de los cuales se ocupaba S. M. Luis XV en el agiotaje de trigo, por conducto de su fiel agente el señor de Sartines.

El subdelegado de policía vió pues reflejarse en su espejo disimulado el semblante pálido y serio de Lorenza, quien se iba acercando á él con el cofrecillo debajo del brazo.

La joven se paró en medio del gabinete.

Aquel traje, aquel rostro, aquel modo de andar, llamaron la atención al subdelegado.

— ¿Quién sois? preguntó sin volverse, pero mirando en el espejo; ¿qué me queréis?

— ¿Estoy, respondió Lorenza, en presencia del señor de Sartines, subdelegado de policía?

— Sí, contestó éste con voz breve.

— ¿Quién me lo afirma?

El señor de Sartines se volvió y dijo:

— ¿Será para vos una prueba de que soy el hombre á quien buscáis el que os envíe á un calabozo?

Lorenza no replicó.

Lo que hizo fué mirar en su derredor con esa dignidad inexplicable que poseen las italianas, por ver si encontraba la silla que el señor de Sartines no le ofrecía.

Aquella mirada bastó á desarmar á éste; pues el conde de Alby de Sartines era hombre de bastante buena educación.

— Sentaos, dijo bruscamente.

Lorenza acercó un sillón y se sentó.

— Hablad pronto; veamos, ¿qué queréis?

— Caballero, dijo la joven, vengo á ponerme bajo vuestra protección.

El señor de Sartines la miró de ese modo camastrón que le era peculiar.

— ¡Ah! ¡ah! exclamó.

— Caballero, continuó Lorenza, he sido robada á mi familia y sometida por medio de un falso casamiento á un hombre que hace tres años me está oprimiendo y matando á fuerza de pesar.

El señor de Sartines miró aquella noble fisonomía y se sintió conmovido por aquella voz de un acento tan dulce que parecía un canto.

— ¿De qué país sois? preguntó.

— Soy romana.

— ¿Cómo os llamáis?

— Lorenza.

— ¿Lorenza de qué?

— Lorenza Feliciani.

— No conozco ese apellido. ¿Sois señorita?

Sabido es que señorita significaba en aquella época hija de una familia noble. En nuestros días, una mujer se considera bastante noble así que se casa, llamándose señora.

— Soy señorita, respondió Lorenza.

— ¿Y qué es lo que pedís?...

— Pido justicia contra ese hombre que me ha encarcelado y secuestrado.

— Eso no es de mi incumbencia, dijo el subdelegado, ¿no sois su mujer?

— Á lo menos, él lo dice.

— ¿Cómo es eso de él lo dice?

— Sí, pero yo no me acuerdo del matrimonio, porque ha sido contraído estando yo dormida.

— ¡Caramba, qué sueño tan pesado tenéis!

— ¿Qué decís?

— Digo que eso no es de mi incumbencia; debéis dirigiros á un procurador y entablar una demanda, pues á mí no me gusta mezclarme en asuntos de matrimonio.

Y al decir esto, el señor de Sartines hizo un ademán que significaba: idos.

Lorenza no se movió.

— ¡Y bien! ¿no habéis entendido? preguntó el señor de Sartines admirado.

— Aun no he acabado, contestó la joven, y si vengo aquí debéis conocer que no es para quejarme de una cosa frívola, sino para vengarme. Ya os he dicho mi

nombre, las mujeres de mi país se vengán y no se quejan.

— Eso es ya diferente, dijo el señor de Sartines, pero despachaos, hermosa señora, porque el tiempo es para mí muy precioso.

— Os he dicho que venía á implorar vuestra protección, ¿ me la concedéis ?

— ¿ Contra quién ?

— Contra el hombre de quien quiero vengarme.

— ¿ Conque es poderoso ?

— Más que un rey.

— Vamos, expliquémonos, querida señora... ¿Cómo queréis que os conceda protección contra un hombre que, en vuestra opinión, es más poderoso que un rey, y para una acción que quizás será un crimen? Si tenéis que vengaros de ese hombre, vengaos en buen hora, pues á mí poco me importa, sólo que si cometéis un crimen, mandaré prenderos, y luego examinaremos el negocio : esta es la marcha.

— No, caballero, dijo Lorenza, no mandaréis prenderme, pues mi venganza es sumamente útil para vos, para el rey y para la Francia. Yo me vengo revelando los secretos de ese hombre.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! ¿ ese hombre tiene secretos ? dijo el señor de Sartines interesándose á pesar suyo.

— Y muy grandes, caballero.

— ¿ De qué clase ?

— Políticos.

— Decidlos.

— Pero en fin, ¿ me protegeréis ?

— ¿ Qué especie de protección queréis que os dé ? dijo el magistrado sonriéndose con frialdad. ¿ Pedís dinero ó cariño ?

— Lo que pido, caballero, es entrar en un convento, sepultarme en él y vivir allí ignorada. Quiero

que ese convento sea para mí un sepulcro, y que nadie en el mundo viole ese sepulcro.

— ¡ Ah ! dijo el magistrado, no es mucho exigir. Hablad, que se os dará el convento.

— ¿ Me le prometéis bajo palabra de honor, caballero ?

— Os lo prometo.

— Pues entonces, dijo Lorenza, tomad este cofrecito que contiene misterios que os harán temblar por la seguridad del monarca y del reino.

— ¿ Sabéis vos cuáles son esos misterios ?

— Superficialmente, pero sé que existen.

— ¿ Y que son importantes ?

— Que son terribles.

— ¿ Decís que son políticos ?

— ¿ No habéis oído hablar alguna vez de una sociedad secreta ?

— ¡ Ah ! ¿ la de los masones ?

— La de los invisibles.

— Sí, pero no creo que exista.

— Así que abráis ese cofre lo creeréis.

— ¡ Ah ! exclamó el señor de Sartines vivamente, veámoslo.

Y tomó el cofre de manos de Lorenza.

Pero de pronto lo puso sobre el bufete después de reflexionar.

— No, dijo con desconfianza, abridlo vos.

— ¿ Cómo, si no tengo la llave !

— ¿ Que no tenéis la llave ? ¿ Me traéis un cofre en que se encierra el reposo del reino, y se os olvida la llave !

— ¿ Tan difícil es abrir una cerradura ?

— Conociéndola, no.

Y luego continuó al cabo de un instante :

— Aquí hay llaves para toda clase de cerraduras; se os dará un manojo, y vos abriréis.

Esto diciendo miró ligeramente á Lorenza.

— Está bien, dijo ésta sencillamente.

El señor de Sartines dió á la joven un manojo de llaves de todos tamaños y formas.

Lorenza lo tomó.

El señor de Sartines le tocó la mano y advirtió que estaba fría como el mármol.

— Pero ¿porqué no habéis traído la llave del cofre? preguntó.

— Porque el dueño de este la lleva siempre consigo.

— ¿Y decís que es más poderoso que un rey? ¿quién es?

— Lo que es, nadie puede decirlo, el tiempo que ha vivido solo lo sabe la eternidad; los hechos que lleva á cabo nadie sino Dios los ve.

— Pero ¿cómo se llama, cómo se llama?

— Le he visto mudar diez veces de nombre.

— Pero ¿con cuál le conocéis vos?

— Con el de Acharat.

— ¿Y dónde vive?

— En la calle de San.....

De pronto se estremeció Lorenza, empezó á temblar, dejó caer el cofre que tenía en una mano y las llaves que tenía en la otra; hizo un esfuerzo para responder, pero se le torció la boca de resultas de una convulsión dolorosa; se llevó las manos á la garganta como si le ahogaran las palabras que estaban para salir de ella, y luego levantando al cielo sus temblorosos brazos, sin poder articular ni un sonido, cayó con todo el peso de su cuerpo sobre la alfombra del gabinete.

— ¡Pobre chica! murmuró el señor de Sartines; ¿qué diablo le ha sucedido?... De veras es lindísima. Vamos, vamos, querrá vengarse por celos.

Tocó una campanilla y él mismo levantó á la joven, quien con los ojos espantados y los labios inmóviles, parecía que estaba muerta, y que había dejado este mundo.

Dos ayudas de cámara entraron, y el teniente de policía les dijo:

— Llevad esta joven con mucho cuidado á la habitación inmediata, y procurad que recobre los sentidos, sin emplear para ello medios violentos.

Los ayudas de cámara obedecieron llevándose en brazos á Lorenza.

XIX

El cofrecito

Así que el señor de Sartines se quedó solo, tomó el cofrecito, y le dió vueltas como un hombre que sabe apreciar el valor de un descubrimiento.

En seguida alargó la mano y recogió el manajo de llaves que de las manos de Lorenza cayera al suelo, las probó todas, y ninguna iba á la cerradura del cofrecito.

Entonces sacó de su gaveta otros tres ó cuatro manajos por el mismo estilo, que contenían llaves de todas dimensiones, de muebles, de cofrecitos, pudiendo decirse que el señor de Sartines poseía una muestra de todas las llaves conocidas, desde la de un uso común hasta la microscópica.]

Probó veinte, cincuenta, ciento, pero ninguna dió una vuelta siquiera en la cerradura del cofrecito, de donde dedujo el magistrado que aquella cerradura era sólo aparente, y que por lo mismo sus llaves eran un simulacro.

Sacó entonces de la gaveta un pequeño escoplo y un martillito, y con su blanca mano sumida bajo un ancho manguito de Malinas, hizo saltar la cerradura, fiel guardiana del cofrecito.

Al punto se presentó á su vista un lío de papeles, en lugar de las fulminantes máquinas que temía hallar ó

de los venenos cuyo aroma debía ser mortífero y privar á la Francia de su magistrado más esencial.

Las primeras palabras que se presentaron á los ojos del subdelegado de policía, fueron las siguientes trazadas por una mano que se conocía evidentemente había disfrazado su letra :

« Maestre, es tiempo de dejar el nombre de Bál-samo. »

No tenían más firma que estas tres iniciales: L. P. D.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! exclamó el subdelegado dando vueltas á los bucles de su peluca ; si no conozco la letra, creo que me es conocido el nombre... ¡ Bál-samo !... Veamos... Busquemos en la letra B.

Entonces abrió una de sus veinticinco gavetas y sacó de ella un pequeño libro de registro en que estaban escritos por orden alfabético y una letra muy menuda y llena de abreviaturas trescientos ó cuatrocientos nombres, precedidos, seguidos y acompañados de coletas que echaban chispas.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! murmuró ; tenemos tela larga con el tal Bál-samo.

Y leyó toda la página con inequívocas muestras de descontento.

Luego volvió á poner en su sitio el registro para continuar el inventario del cofrecito.

No tuvo que ir muy lejos para recibir una impresión profunda, pues halló al punto una nota atestada de nombres y de cifras.

Aquella nota le pareció importante ; porque estaba muy usada en los márgenes y muy cargada de signos hechos con lápiz. El señor de Sartines tiró de la campanilla, y se presentó un criado.

— Que venga en seguida el ayudante de la Cancillería, decidle que pase de las oficinas por el aposento para abreviar.

El criado salió.

Dos minutos después, se presentaba en el umbral del gabinete un amanuense con la pluma en la mano, el sombrero bajo un brazo, un abultado registro bajo el otro, y unos manguitos de sarga negra sobre las mangas de la casaca. El señor de Sartines lo vió en el espejo de su escritorio y le alargó el papel por encima del hombro, diciéndole:

— Descifradme eso.

— Está bien, monseñor, respondió el empleado.

Este adivinador de charadas era un hombrecillo delgado, de labios fruncidos, entrecejo arrugado á fuerza de indagar, cara pálida y puntiaguda de arriba abajo, barba afilada, frente recogida, juanetes prominentes, y ojos hundidos y apagados, que se animaban por momentos.

El señor de Sartines le llamaba Garduña.

— Sentaos, dijo el magistrado viéndolo embarazado con su calepino, su códice de cifras, con su nota y su pluma.

Garduña se sentó modestamente sobre un taburete, juntó sus piernas, y se puso á escribir sobre las rodillas, registrando su diccionario y su memoria con una fisonomía impasible.

Al cabo de cinco minutos había escrito lo siguiente:

§

« Orden para reunir tres mil hermanos en París.

§

» Orden para formar tres círculos y seis logias.

§

» Orden para formar una guardia que custodie la persona del gran Copto, y prepararle cuatro domicilios, debiendo ser uno de ellos en un palacio que pertenezca al rey.

§

» Orden para poner á su disposición quinientos mil francos para una policía.

§

» Orden para alistar en el primer círculo parisiense toda la flor y nata de la literatura y la filosofía.

§

» Orden para tener á sueldo ó ganar á la magistratura; y para asegurarse especialmente al subdelegado de policía por medio de la corrupción, la violencia ó la astucia.»

Garduña se detuvo un momento, no para reflexionar, porque esto hubiera sido un crimen en aquel pobre hombre, sino porque habiendo concluido de escribir una cara, y estando todavía fresca la tinta, era preciso esperar á que se secase para proseguir.

El señor de Sartines, impaciente, le quitó la hoja de la mano y se puso á leer.

Al llegar al último párrafo se pintó en todas sus facciones tal terror, que se aumentó su palidez aun más

al ver en el espejo de su armario lo pálido que se había puesto.

Por lo demás, no devolvió la hoja al empleado de la Cancillería, sino que le dió otra en blanco.

Éste continuó escribiendo á medida que iba descifrando, cuya operación hacía con una facilidad espantosa para los que se ocupaban en escribir en cifra.

Aquella vez el señor de Sartines no pudo aguardar, y leyó por encima del hombro de Garduña

§

« Dejar en París el nombre de Bálamo, que empieza á ser demasiado conocido, y tomar el de conde de Fe..... »

El resto de la palabra estaba sepultado en una mancha de tinta.

En el mismo momento en que el señor de Sartines procuraba averiguar las sílabas que debían componer la palabra, sonó la campanilla exterior, y un criado entró anunciando:

— El señor conde de Fénix.

El señor de Sartines lanzó un grito, y exponiéndose á derribar el armonioso edificio de su peluca, juntó las manos por cima de su cabeza, y se apresuró á despedir á su dependiente por una puerta excusada.

En seguida volvió á sentarse delante del bufete, y dijo al ayuda de cámara:

— Que entre.

Algunos segundos después el señor de Sartines vió en su espejo el severo perfil del conde, á quien ya había columbrado en la corte el día en que fué presentada la Dubarry.

Bálamo entró sin ninguna indecisión.

El señor de Sartines se levantó, hizo una fría reverencia, y cruzando una pierna sobre otra se recostó ceremoniosamente contra el respaldo de su sillón.

Desde luego conoció el magistrado la causa y objeto de aquella visita.

Desde luego vió también Bálamo la cajita abierta y medio vacía sobre el bufete del señor de Sartines.

Por fugitiva que fuese la mirada que Bálamo dirigió al cofre, no se escapó al subdelegado de policía.

— ¿ Á qué casualidad debo la honra que me dispensáis viniendo á mi casa ? preguntó el señor de Sartines.

— Caballero, respondió Bálamo con una sonrisa llena de amenidad, he tenido el honor de ser presentado á todos los soberanos de Europa, á todos los ministros, á todos los embajadores; pero no habiendo encontrado á nadie que me presentase á vos, vengo á presentarme yo mismo.

— Pues llegáis á tiempo, caballero, dijo el subdelegado de policía; hasta creo que si no hubierais venido de motu proprio, yo habría tenido la honra de llamaros.

— ¡ Ah ! dijo Bálamo, luego llego oportunamente.

El señor de Sartines se inclinó sonriendo irónicamente.

— ¿ Será tanta mi fortuna, caballero, continuó Bálamo, que pueda seros útil en algo ?

Estas palabras las pronunció sin que apareciese en su risueña fisonomía ni una sombra de emoción ó inquietud.

— ¿ Habéis viajado mucho, señor conde ? preguntó el subdelegado de policía.

— Mucho, caballero.

— ¡ Ah !

— ¿ Queréis acaso que os dé algunos pormenores geográficos ? Lo digo porque un hombre de una capa-

cidad como la vuestra no sólo se ocupa de Francia, sino que abarca la Europa, el mundo.....

— El punto que quiero saber no es geográfico, señor conde ; si dijeseis moral, sería más exacto.

— No hay que apurarse, pues lo mismo para ese que para cualquiera otro estoy á vuestras órdenes.

— Pues bien, señor conde, figuraos que ando buscando á un hombre muy peligroso á fe mía ; á un hombre que es al mismo tiempo ateo.....

— ¡ Oh !

— Conspirador.

— ¡ Oh !

— Falsario.

— ¡ Oh !

— Adúltero, monedero falso, empírico, charlatán, jefe de secta ; á un hombre cuya historia tengo consignada en mis registros, en esta cajita que estáis viendo, en todas partes.

— ¡ Ah ! sí, ya comprendo, dijo Bálamo ; conocéis su historia, pero no conocéis al hombre.

— No.

— ¡ Diablo ! pues me parece que eso sería lo más importante.

— Sin duda ; pero vais á ver que estamos muy cerca de conocerlo. De seguro que Proteo no tiene más formas, ni Júpiter más nombres que ese misterioso viajero. En Egipto se llama Acharat, en Italia Bálamo, Somini en Cerdeña, marqués Danna en Malta, en Córcega marqués Pellegrini, en fin conde de....

— ¿ Conde de ?... replicó Bálamo.

— Ese último nombre, caballero, es el que no he podido leer bien ; pero vos me ayudaréis, ¿ no es verdad ? estoy seguro de ello, porque no podéis menos de haber conocido á ese hombre en vuestros largos viajes y en tantos países como acabo de citaros

— Dadme algunas señas de él, veamos, dijo Bálamo tranquilamente.

— ¡ Ah ! ya comprendo ; lo que deseáis es una especie de filiación, ¿ no es verdad, señor conde ?

— Justamente, caballero, si os place.

— Pues bien, dijo el señor de Sartines, fijando en Bálamo una mirada inquisitorial ; es un hombre de vuestra edad, de vuestra estatura y modales ; que ora derrama el oro como un gran señor, ora busca los secretos naturales como un charlatán, ora es afiliado sombrío de alguna asociación misteriosa que jura en las tinieblas la muerte de los reyes y la destrucción de los tronos.

— ¡ Oh ! dijo Bálamo ; eso es muy vago.

— ¿ Cómo muy vago ?

— ¡ Si supieseis cuántos hombres he visto parecidos á ese retrato !

— ¿ En verdad ?

— Sin duda ; y haríais bien en precisar más las señas, si queréis que os ayude. Primeramente, ¿ sabéis qué país habita con preferencia ?

— Los habita todos.

— ¿ Pero en este momento ?

— En este momento está en Francia.

— ¿ Y qué hace en Francia ?

— Dirigir una inmensa conspiración.

— ¡ Ah ! ese á lo menos es un detalle preciso, y si sabéis qué conspiración dirige, tenéis un hilo que, según todas las probabilidades, puede guiaros para hallar á ese hombre.

— Así lo creo.

— Y bien, si lo creéis, ¿ porque me pedís consejo ? Lo tengo por inútil.

— Es que estoy indeciso sobre una cosa.

— ¿ Sobre qué ?

- Sobre lo que voy á deciros.
- Decid.
- ¿ Le mandaré prender, sí ó no ?
- ¿ Sí, ó no ?
- Sí ó no.
- No comprendo el *no*, señor subdelegado de policía; porque al cabo, si conspira.....
- Sí, pero está algo resguardado por cierto nombre, por cierto título.
- ¡ Ay ! ya comprendo. Pero es preciso que me digáis qué nombre y qué título es ese, si queréis que os ayude en vuestras pesquisas.
- Ya os he dicho que sé el nombre con que se oculta, pero.....
- Pero no sabéis con cuál se presenta, ¿ no es eso ?
- Justamente, y á saberlo
- Lo mandaría prender.
- Inmediatamente.
- Pues bien, mi querido señor de Sartines, es una fortuna, como me decíais hace un momento, el que haya yo llegado tan á tiempo, pues voy á prestaros el servicio que me pedís.
- ¿ Vos ?
- Sí.
- ¿ Vais á decirme su nombre ?
- Sí.
- ¿ Luego le conocéis ?
- Perfectamente.
- ¿ Y cómo se llama ? preguntó el señor de Sartines esperando que le respondiese alguna mentira.
- El conde de Fénix.
- ¿ Cómo ! ¿ el nombre con que os habéis anunciado ?.....
- Sí, el nombre con que yo me he anunciado.
- ¿ Vuestro nombre ?

- Mi nombre.
- Entonces, ese Acharat, ese Somini, ese marqués de Anna, ese marqués Pellegrini, ese José Bálsamo, sois vos ?
- Sí, dijo Bálsamo simplemente, soy yo mismo.
- El señor de Sartines se tomó un minuto para reponerse del asombro que le causó esta franqueza descarada.
- Sabed, dijo en seguida, que ya lo había adivinado. Os conocía, y sabía que ese Bálsamo y ese conde de Fénix eran una misma persona.
- ¡ Ah ! confieso que sois un gran ministro, dijo Bálsamo.
- Y vos un gran imprudente, repuso el magistrado dirigiéndose hacia la campanilla.
- ¡ Imprudente !... ¿ Y por qué ?
- Porque voy á mandar prenderos.
- ¡ Quia ! dijo Bálsamo interponiéndose entre la campanilla y el magistrado. ¿ Acaso se me puede prender á mí ?
- ¡ Pardiez ! ¿ queréis decirme qué haréis para impedirlo ?
- ¿ Queréis saberlo ?
- Sí.
- Mi querido subdelegado de policía, os voy á levantar la tapa de los sesos.
- Y Bálsamo sacó del bolsillo una pistola muy bonita de plata sobredorada, y que cualquiera hubiera dicho había sido cincelada por Benvenuto Cellini; pistola que apuntó tranquilamente al rostro del señor de Sartines, quien cayó sobre un sillón pálido en extremo.
- Ahí, dijo Bálsamo arrimando otro sillón al del subdelegado de policía y sentándose; ahora que estamos sentados, podemos hablar un poco.